

tierra con los piés, piafan y no se tranquilizan hasta que tienen su alimento, poniéndose á roer los duros granos con tanto ruido como si se hallase en movimiento un molino. Tan luego como han comido su pienso, se les quitan los morrales y los cabestros, despues los dejan tenderse un rato en el suelo, les dan de beber y se los llevan á pastar. Los tropeiros cuidadosos los hacen volver por la tarde otra vez al rancho para darles un poco mas de maíz. Antes del alba se les recoge, muchas veces despues de largo rato de buscarlos, llevándolos con mucho trabajo al rancho, donde se les carga; despues de lo cual la caravana se pone de nuevo en marcha. El tropeiro, montado á caballo, va delante, examina el camino y muestra á los animales, por medio de diferentes señales á que estos atienden cuidadosamente, la direccion que deben tomar; los muleros conducen las varias divisiones incitando, castigando y poniendo órden y regla cuando hay necesidad de ello. De este modo pasa el viaje dia por dia si una lluvia demasiado fuerte no lo interrumpe, hasta que se llega al punto de destino, que á veces dista doscientas leguas y mas.»

En el Perú y en Chile se importa anualmente un número considerable de mulos, pagándose precios muy crecidos por ellos. Se les emplea tanto para montar, cuanto para llevar cargas. «Una costumbre particular, me escribe Hasskarl, que no he visto en otra parte sino en Lima, es la de dejar á los mulos sin atarlos cuando se hacen visitas. El animal se queda delante de la casa en que ha entrado su jinete, sin moverse y sin hacer caso de los otros jinetes ó animales que pasan por la calle. Cuando se monta un mulo que aun no está acostumbrado á esperar, se le tapan los ojos con un trozo de cuero en forma de anteojos, evacuando despues, sin cuidado de que se marche, los negocios.»

«Sabido es que en el Perú y en otros países de la América del Sur, habitados por los descendientes de los españoles, no se monta sino con espuelas enormes, cuyos rodetes tienen muchas veces 0",05 á 0",07 de diámetro; pero no se ha visto aun que las espuelas, como las usamos nosotros, se consideren instrumentos de tortura. Muchas veces no me quisieron prestar un mulo porque llevaba espuelas europeas, pretendiendo que con ellas se pueden cortar las venas al animal; pero cuando llegaba con las espuelas usadas allí, cuyas puntas de 0",02 de largo á veces estaban cubiertas por mitad de sangre y pelos, no habia dificultad alguna.»

Es verdad que hay peruanos y chilenos que cuidan muy bien á sus mulos, pero generalmente se les atormenta y maltrata tanto como en España. En este país se usan los mulos en todas partes como animales de tiro y se paga por un par de buenas mulas, sin dificultad, la misma suma que por un par de caballos. El español se muestra orgulloso de su mulo y le adorna con toda clase de bujerías, sobre todo con borlas y lazos rojos, mantas de silla de color y otras cosas; pero es muy raro que lo trate bien. Es verdad que le cuida, le da bastante de comer, y á tiempo de beber, pero en cambio le exige lo imposible y lo castiga rudamente.

Hasta las últimas épocas se ha pretendido repetidas veces que los mulos y los burdéganos eran infecundos; pero esto no sucede siempre. Ya en remotos tiempos se conocieron ejemplos de algunos mestizos de caballos y asnos que se propagaron; pero muchas veces se ha guardado silencio sobre estos casos, por considerar el hecho extraordinario, como resultado de una brujería ó como acontecimiento que auguraba desgracia.

No podemos citar para Europa mas que algunos casos de fecundidad de los mulos. El primero conocido ocurrió en Roma en 1527: en 1762 existió en Valencia una hermosa mula de color castaño, que fué cruzada con un magnífico caballo andaluz gris; y al año siguiente, despues de una gestacion nor-

mal, dió á luz un hermoso potro alazan, de crin negra, con todas las cualidades de un buen caballo de raza, y tan vivaz, que se pudo montar á los dos años y medio. La misma mula, apareada con el mismo macho, parió otros cuatro potros tan hermosos como el primero. En 1759, una mula que habia en Oettingen tuvo tambien de un caballo un potro que se parecia en un todo al padre, excepto en las orejas, que eran mas largas. En Escocia un caballo y una mula produjeron un potro; pero le mataron en seguida los campesinos, considerándole como un monstruo. Varias observaciones recientes disipan toda duda acerca de la fecundidad del mulo.

LAS CEBRAS—HIPOTIGRIS

Un autor latino dice que en el año 211 despues de Jesucristo, Caracalla hizo comparecer en el circo de Roma, con tigres, elefantes y rinocerontes, un caballo atigrado al que dió muerte por su propia mano. No cabe duda que este autor designa una de las especies de caballos salvajes rayados del Africa; y H. Smith ha tenido por lo tanto derecho de aplicar el nombre indicado al grupo de caballos que falta examinar.

Las cebras representan por su aspecto un término medio entre los caballos y los asnos: tienen el cuerpo recogido, el cuello fuerte, la cabeza de asno y caballo á la vez; las orejas bastante largas y anchas; la crin recta, con pelos menos bastos y espesos que los del caballo, y menos suaves y flexibles que los del asno; la cola poblada en su extremo; y los cascos ovales en su parte anterior y cuadrangulares en la posterior. Todas las especies conocidas tienen el pelaje rayado en su mayor parte.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Todas las cebras son propias del sur de Africa; solo una especie pasa del Ecuador.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Habitan las montañas y las llanuras, y cada especie parece elegir su dominio propio.

LA CEBRA CUAGGA—HIPOTIGRIS QUAGGA

CARACTÉRES.—Por su aspecto se asemeja mas al caballo que al asno; es mucho mas pequeña que la cebra daw. Su cabeza es regular y de graciosa forma; las orejas cortas y los miembros vigorosos. Adorna su cuello una crin corta y levantada; la cola es peluda en toda su extension, mas larga que la de sus congéneres; pero mas corta que la del caballo. El pelaje es corto y liso, de color oscuro en la cabeza; el lomo, grupa y costados de un tinte pardo claro; el vientre, la cara interior de las piernas y la cola blancas; la cabeza, el cuello y la espaldilla tienen fajas ó rayas de un gris claro que tira al rojo; las de la frente y de las sienas son compactas y longitudinales; las de las mejillas, transversales y separadas, trazan un triángulo entre el ojo y la boca. En el cuello se cuentan diez fajas trasversales, que dividen tambien la crin; cuatro corren por el lomo; en el tronco hay algunas mas cortas, mas pálidas y separadas unas de otras. A lo largo del lomo, hasta la cola, se extiende una faja parda oscura, orillada en ambos lados por un cordoncillo gris rojo. Las orejas están guarnecidas interiormente de pelos blancos, grises blanquizcos por fuera; los bordes son de un pardo oscuro. Ambos sexos se asemejan; la única diferencia consiste en ser la hembra mas pequeña, con la cola mas corta. El macho adulto mide 2 metros de largo ó 2",80, comprendida la cola; su altura hasta la cruz es de 1",30 (fig. 197).

LA CEBRA DAW—HIPOTIGRIS BURCHELLI

CARACTÉRES.—Esta cebra (*Asinus y Hippotigris Burchelli*)

delli, Equus montanus festivus) es sin duda la especie mas noble de su género, porque en sus formas se parece mas al caballo. Apenas es un poco mas pequeña que la cuagga; su largo total pasa de 2 metros por 1",30 de altura hasta la cruz. Su cuerpo es redondeado, la nuca muy convexa, las piernas fuertes, la crin recta en forma de cresta y de 0",13 de altura; la cola, bastante larga, está casi hasta la raíz cubierta de pelo, lo mismo que la del cuagga y la del caballo; las orejas son delgadas, de un largo regular. El pelaje, suave y alisado, es de color isabela por encima del cuerpo y por debajo blanco. Catorce rayas negras y angostas arrancan de las fosas nasales; diríjense siete hácia arriba que se confunden con otras que bajan; las otras corren oblicuamente por las mejillas y se reunen con las de la mandíbula inferior; de ellas una rodea el ojo. Una faja negra orillada de blanco se extiende á lo largo del lomo: en el cuello hay diez listas trasversales negras y anchas, por lo regular divididas, y entre ellas existen otras de color pardo mas estrechas. La última faja se divide inferiormente, y con ella se reunen tres ó cuatro mas; estas rodean todo el vientre, pero no se prolongan hasta las piernas, cuyo color es blanco uniforme (fig. 198).

LA CEBRA PROPIAMENTE DICHA—HIPOTIGRIS ZEBRA

CARACTÉRES.—Este animal (fig. 199) tiene, poco mas ó menos, el tamaño del daw, pero todo su cuerpo está rayado, lo que le distingue muy bien de aquel. Examinándolo minuciosamente se encuentran tambien otros rasgos característicos. Por su estructura se parece menos al caballo que al asno, especialmente al dchigetai. Su tronco es robusto y vigoroso; el cuello arqueado, la cabeza corta, el hocico grueso, las piernas delgadas y bien aplomadas; la cola, de un largo regular, es parecida á la del asno, porque está cubierta de cortos pelos en casi toda su extension, menos en el extremo donde los pelos son largos; la crin es muy corta y espesa. El color dominante del pelaje es blanco ó amarillento; desde el hocico hasta los cascos existen varias fajas trasversales de un negro brillante ó rojo pardo, y únicamente carecen de ellas la parte posterior del vientre y piernas. Ocupa el centro del lomo una faja longitudinal de color negro pardo oscuro; otra parecida corre á lo largo del medio del vientre.

Es posible que sea esta la primera especie que conocieron los europeos. No se puede afirmar que el hipotigris que Caracalla hizo matar perteneciese precisamente á esta especie, puesto que la descripción de este no es bastante detallada. Tambien Philostorgius, que escribia en el año 425, habla de un grande asno salvaje, rayado; pero es incompleta por demás su descripción para que pueda formarse una idea exacta. Las primeras noticias precisas con respecto á la cebra, se deben á los portugueses, los cuales, al fundar sus colonias en la costa oriental de Africa, conocieron los caballos atigrados.

En 1666 un embajador etiope llevó al Cairo, como regalo para el sultan, la primera cebra verdadera. Mas tarde Kolbe, Sparrmann, Levaillant, Lichtenstein, Burchell y Harris, hablaron sobre su género de vida en estado libre; desde Cuvier la han observado despues todos los naturalistas en cautividad. Mas adelante daré las noticias de mayor importancia que conozco sobre las cebras en general.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Estos cuadrúpedos tan semejantes en cuanto á su físico, habitan distintos países; el cuagga solo se halla en las llanuras del sur de Africa y hácia el norte hasta el rio Vaal; el daw, aunque tambien vive en ellas, se remonta mas hácia el norte, quizás hasta las estepas comprendidas entre el Ecuador y el 10° ó 12° de latitud norte. La cebra propiamente dicha habita solamente las

montañas del sur y del este de Africa, desde el Cabo hasta Abisinia.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Estos tres animales forman manadas bastante numerosas: los viajeros han visto algunas de 10, 20 y 30 individuos; y los antiguos naturalistas hablan de otras de 80 á 100. En cada manada no se ven nunca sino animales de una sola especie: el cuagga y el daw, que habitan los mismos lugares, no se reunen jamás, y parecen temerse mutuamente, aunque no les sucede lo mismo con los otros animales. Todos los autores dicen que se encuentran en las manadas de cuaggas, gacelas, antilopes, niús y avestruces; y hasta parece que estos últimos son compañeros inseparables de los cuaggas, que saben sacar partido de la prudente vigilancia de aquellas aves del desierto. Semejantes asociaciones no tienen, por lo demás, nada de particular, pues vemos varios ejemplos de ellas entre los pájaros. Los individuos mas perspicaces son siempre los guías: cuando están tranquilos, la manada no se ocupa sino en comer ó descansar; si prestan atencion, todos escuchan, y si emprenden la fuga, todos se apresuran á seguirles. Hasta aquí no se ha observado esta costumbre sino en el cuagga, pero es probable que las otras especies confíen en los avisos dados por ciertos animales á los que consideran como sus guardianes y guías. Las cebras viejas y jóvenes suelen formar parte de la misma piara, y otras veces y particularmente durante el período del celo se separan ó aislan.

Las cebras son todas animales rápidos: pasan con la celeridad del rayo á través de la montaña y de la llanura; son recelosas y vigilantes; apenas sospechan el peligro emprenden la fuga, y á los pocos minutos desaparecen de la vista. Un buen caballo de caza podrá alcanzarlas en un terreno llano, pero solo despues de una larga persecucion. Cuéntase que cuando se consigue penetrar á caballo en medio de una manada de cuaggas y se comienza á separar las hembras de los buches, estos siguen al caballo como acompañaban antes á sus madres. Parece que existe cierta intimidad entre las cebras y los solípedos domésticos; el cuagga, particularmente, léjos de huir de los caballos padece con ellos.

Sin ser muy delicadas en la elección de su alimento, no se muestran, sin embargo, tan indiferentes como el asno en este punto. Su rico país les ofrece en abundancia todo el año cuanto necesitan para vivir; y cuando ya no encuentran comida en un sitio, se trasladan inmediatamente á otro.

Por esto emprende el daw viajes periódicos apenas agostadas las yerbas del desierto donde habita. Se las ha visto á menudo, reunidas con diversas especies de antilopes, llegar á los sitios cultivados y devastar las plantaciones. A la entrada de la estacion de las lluvias abandonan los parajes donde están expuestas á mil persecuciones, y vuelven al desierto.

La voz de las cebras se asemeja un poco al relincho del caballo, y tambien al rebuzno del asno. Segun G. Cuvier, el cuagga deja oír una veintena de veces seguidas su grito *oa, oa*, que otros naturalistas expresan por *quoa, quoa, ó couaa*.

La cebra daw emite sonidos cortos que suenan como *yu, yu, yu* y casi nunca los repite mas de tres veces; sobre la voz de la cebra propiamente dicha, no tengo noticia ninguna; tampoco la he oído nunca gritar ó relinchar. En comparacion con el caballo y el asno, las cebras en general deben designarse como animales silenciosos, aunque esto parezca extraño en vista de su irritabilidad en otros conceptos.

Todas las cebras están bien dotadas con respecto á los sentidos; perciben el mas leve rumor, y la vista las engaña pocas veces. En cuanto á inteligencia todas son casi iguales; les domina poderosamente el indomable instinto de libertad,

cierto salvajismo, gran valor y hasta cierta malicia. Se defienden tenazmente á coces y dentelladas de las acometidas de los carnívoros. Las hienas saben perfectamente que no pueden atreverse con estos cuadrúpedos; el poderoso león es tal vez el único que consigue á veces apoderarse de una cebrá; el leopardo no osa probablemente atacar sino á las más débiles, porque las demás le hacen saltar la presa revolcándole por el suelo y le ahuyentan coceando y mordiendo. El hombre es también el mayor enemigo de las cebras; las dificultades que ofrece su caza y la belleza de la piel, que se emplea para muchas cosas, excitan al europeo á la persecución de estos animales, que en general causan bien pocos perjuicios. Muchos colonos del Cabo persiguen con ahínco al cuagga y al daw, y también parece que los abisinios dan caza á las especies que se encuentran en su país, pues á los

grandes personajes les gusta adornar el cuello de sus caballos con collares hechos con la crin colorada de aquellos cuadrúpedos. Los europeos se sirven de la escopeta y los indígenas de la jabalina; pero lo más común es abrir zanjas, en donde se mata fácilmente á las cebras, si no se quiere conservarlas en domesticidad. Solamente para los indígenas del interior tienen valor las cebras muertas, porque consideran como golosina la carne de estos animales, que los europeos desprecian, y algunas veces aquellos la roban al león. Los colonos del Cabo se llevan alguna que otra vez esta carne á sus casas para los hotentotes que les sirven; pero regularmente no usan sino la piel.

Sin razón se ha creído que las cebras son indomables. Lo que hay de cierto es que ha faltado hasta ahora quien se ocupe con inteligencia y lo suficiente de este magnífico ani-

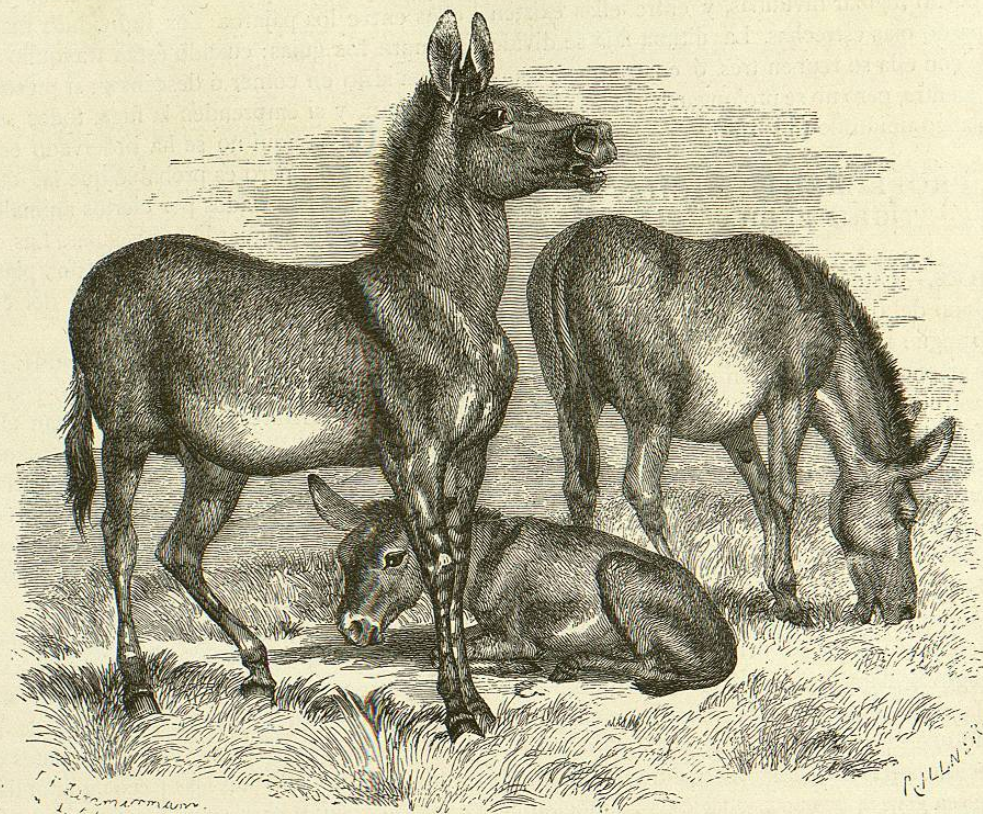


Fig. 196. — EL ASNO DE AFRICA

mal, y además, un propósito formal de obtener buenos resultados. Muchos ensayos han salido bien, otros no; repetidas veces los cuaggas han sido adiestrados para tirar y llevar carga. En el Cabo se ven con frecuencia estos animales entre los caballos de tiro, y en Inglaterra tenía el scherif (magistrado) Parkins dos que podían engancharse como caballos á un coche pequeño. Otras noticias dicen lo contrario. Cuvier habla de un cuagga cautivo que permitía que se le acercase á quien y hasta se dejaba acariciar; pero en el momento menos pensado comenzaba á cocear, amenazando á su guardián con morderle, y cuando se quería que pasara de un parque á otro, enfurecía, trataba de morder, se arrojaba y cogía con los dientes todo cuanto encontraba para desgarrarlo. Sparrmann habla de la primera tentativa de domesticar cebras que hizo un colono del Cabo; había adiestrado algunos de estos cuadrúpedos cogidos jóvenes, de lo que estaba muy satisfecho. Un día le ocurrió la idea de engancharlos á un coche; tomó él mismo las riendas y se puso en camino; la carrera debió ser rapidísima, pues á los pocos momentos volvió á encontrarse en la cuadra de las cebras con su coche

destrozado. Otra de estas, á la que se había criado cuidadosamente en su juventud, pero sin que luego se volviera á ocupar de ella, trocó su primitiva dulzura en malignidad. A pesar de esto un atrevido jinete quiso domarla; tan luego como estuvo este en la silla, coceó el animal violentamente y cayó con el hombre; pero levantándose de pronto, saltó al agua desde lo alto de una escarpada orilla, arrastrando consigo á su domador; cogióse este á las bridas, y como la cebra se dirigiese á tierra le sacó del agua, pero entonces el cuadrúpedo dió una muestra de sus malas intenciones, muestra que no olvidaría nunca: se volvió bruscamente el animal y arrancóle una oreja de una dentellada.

Semejantes tentativas eran más que suficientes para que los colonos del Cabo desistieran de su empeño y por lo mismo declararon que la cebra era indomable, lo cual no impide que todos los buenos observadores estén acordes en que se puede someter á este animal. El inglés Borrow opina que se alcanzaría el objeto con más paciencia de la que tienen los campesinos holandeses del Cabo, y si se tuviese en cuenta que un animal tan fiero y animoso no debe ser tra-

tado como el tímido ó medroso, pues los golpes y los malos tratamientos le inducen á oponer una resistencia tenaz y á no someterse completamente. Esto no quiere decir que sea fácil domar á este cuadrúpedo, pero tampoco es imposible. Las cebras dieron más que hacer al célebre domador Rarey que todos los caballos más salvajes; sin embargo, el éxito coronó sus esfuerzos.

Cuvier habla de una cebra del Jardín de Plantas que era bastante dócil y adiestrada para que la pudieran montar. Los

grandes establecimientos de aclimatación nos proporcionan medios de que no disponían nuestros antecesores: las cebras criadas en los jardines zoológicos irán sin duda aumentando en número; y lo que no se pudo conseguir de estos animales al poco tiempo de haberles privado de su libertad, se obtendrá probablemente de los que nazcan cautivos y domesticados en parte. También en este caso la paciencia vencerá todos los obstáculos.

Según todas las observaciones, las cebras soportan perfec-

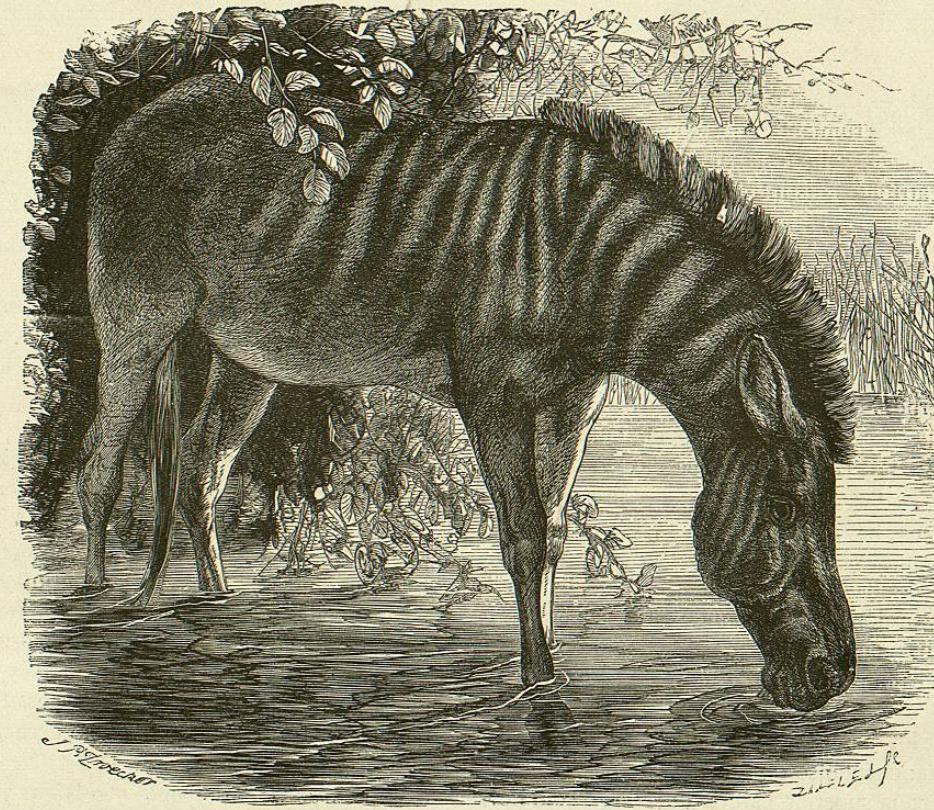


Fig. 197. — LA CEBRA CUAGGA

tamente la cautividad en Europa. Cuando se les da buen forraje se conservan mucho, y hasta pueden reproducirse si se les trata bien. Weinland ha dado la lista de los animales que se multiplicaron durante su cautividad, y en ella veo que desde 1813 se ha reproducido el daw seis veces, y la cebra dos, por lo menos. Observo también que sus cruzamientos son fecundos con los otros solípedos. Buffon daba ya como probable este resultado, pero sus ensayos no obtuvieron el menor éxito. Lord Clive los repitió con mejor suerte: cruzó una cebra hembra con un garañón; más tarde se obtuvo en París del cruzamiento de un asno español con una cebra un mulo, que por desgracia se parecía más al padre que á la madre, y era muy salvaje. En Italia se cruzó en 1804 la cebra con el asno; y en Schöenbrunn se hizo dos veces igual prueba en los cuarenta últimos años; pero los mestizos obtenidos no vivieron mucho. Más tarde se repitieron en mayor escala los cruzamientos, obteniéndose mestizos de cebra macho y asna, de asno y cebra, de hemione y cebra, de hemione y cuagga y de cebra con poney. Vemos, pues, híbridos capaces de reproducirse: los mestizos se asemejan generalmente al padre, aunque algunos se parecen á la cebra.

Un garañón de daw ó de cuagga (no se determina la especie) cubrió en Inglaterra una yegua árabe de color castaño, la cual dió á luz un mestizo hembra de pelaje pardo, más parecido á la madre que al padre, y con una cola poblada que guardaba un término medio entre la del caballo y la del cuagga. Tenía también algunas fajas trasversales en el cuello, en la cruz y en las piernas. Esta hembra mestiza se cubrió con un caballo padre árabe, y el potro habido conservaba todavía la crin levantada y algunas rayas de su abuelo. Más tarde se cubrió tres veces la yegua árabe con un caballo padre negro, y todos los potros salieron con más ó menos rayas. La primera cubrición por un animal extraño ejercía aun su influencia.

A consecuencia de estos ensayos, que por cierto son muy primitivos, no cabe ya duda de que todos los solípedos pueden cruzarse fecundamente, y al mismo tiempo los bastardos producidos por estos cruzamientos, son capaces de propagarse á su vez. Este hecho destruye por completo la doctrina: «Solamente las especies puras pueden aparearse fecundamente y producir hijos fecundos á la vez.» El que quiera sostenerla aun que lo haga; el naturalista, empero, no podrá ya apoyar una opinión que se ha probado ser errónea.